

Revista chilena de historia social popular

REVUELTAS

SANTIAGO, CHILE | NÚCLEO DE HISTORIA SOCIAL POPULAR
AÑO 05 | NÚMERO 09 | JULIO 2024 | ISSN 2452-5707

ARTÍCULOS

“Estamos dispuestos a proletarizar el movimiento estudiantil”: Una experiencia generacional de radicalización juvenil en la Universidad Católica de Chile, 1967-1969

‘We are willing to proletarianize the student movement’: A generational experience of youth radicalization at the Catholic University of Chile, 1967-1969

Cristóbal Karle Saavedra

Magíster en Sociología

Licenciado en Ciencia Política

Pontificia Universidad Católica de Chile.

Santiago de Chile, Chile

✉ cakarle@uc.cl

 [0000-0002-1557-8492](https://orcid.org/0000-0002-1557-8492)

Recibido: 29 de abril 2024

Aceptado: 12 de julio 2024

Resumen: Este artículo recorre la trayectoria de radicalización de un segmento de militantes y dirigentes estudiantiles democristianos de la Universidad Católica de Chile, quienes llegan a formar en 1969 el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU). A través de un estudio de caso y fuentes documentales, se establece que las dinámicas propias del movimiento reformista universitario juegan un rol central en este giro a la izquierda, y que la radicalización se produce cuando el conflicto universitario ya no es capaz de canalizar las fuerzas activas de una generación que se autopercibe como empujada hacia la realización de transformaciones estructurales.

Palabras claves: Movimiento estudiantil, participación juvenil, radicalización política, Universidad Católica, izquierda política.

Abstract: This article traces the trajectory of radicalization of a segment of Christian Democrat militants and student leaders of the Catholic University of Chile, who came to form the Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) in 1969. Through a case study helped by documentary sources, it is established that the dynamics of the university reformist movement play a central role in this leftward turn, and that this radicalization occurs when the university conflict is no longer capable to channel the active forces of a generation that perceives itself as being pushed towards carrying out structural transformations.

Keywords: Student movements, youth participation, political radicalization, Catholic University, left-wing politics.

Introducción

En las primeras horas del 11 de agosto de 1967, un grupo de estudiantes de la Universidad Católica (UC) encabezados por Miguel Ángel Solar, presidente de la Federación de Estudiantes (FEUC), ocupa forzosamente la Casa Central de dicho plantel universitario, así como el resto de sus sedes en Santiago. Este acontecimiento es, al mismo tiempo, el resultado final de un extenso y trabajoso proceso de articulación política y elaboración intelectual en el movimiento estudiantil reformista, y el comienzo de una etapa completamente diferente en la vinculación del sistema universitario con la realidad social y política del país. Casi dos años más tarde, el 18 de mayo de 1969, muchos de los mismos jóvenes participan en la fundación del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), formado principalmente por cuadros disidentes del Partido Demócrata Cristiano y orientado a confluir con la izquierda en una alternativa política anticapitalista para las elecciones presidenciales del año siguiente, finalmente cristalizada en la Unidad Popular y la candidatura de Salvador Allende. Ambos hitos, en general, han sido relatados como episodios de una experiencia colectiva o *trayectoria generacional de radicalización* en un segmento particular de la élite católica, quienes “aportarán no solo la radicalidad de su juventud, sino que, por sobre todo, serán quienes abrazarán con mayor fuerza el marxismo como vertiente de identificación analítica y programática, renegando de una posición reformista donde el cristianismo tenía importancia fundamental” (Moyano, 2009, p. 83).

Entre 1967 y 1969, centenares de jóvenes provenientes de sectores sociales acomodados del país se vuelcan políticamente a la izquierda, sin transitar por los partidos políticos que tradicionalmente habían expresado dicha sensibilidad en el país; por el contrario, deciden constituir una alternativa propia, que se proyecta desde la identidad fundacional del cristianismo de izquierda pero que luego “fue llevado por los vientos que abrazaron a casi toda la izquierda revolucionaria en la década de los setenta, abandonando buena parte de la tradición republicano-reformista de la cual provenían como facción de la Democracia Cristiana” (Valenzuela, 2011, p. 195). Se trata de un giro de relevancia histórica por cuanto representa la formación de una nueva vertiente política e ideológica en la izquierda chilena; pero además, expresa una inquietud juvenil de carácter generacional, de “élites renovadoras” (Gazmuri, 2000) y anclada en una subjetividad “que se reflejaba en la crisis de autoridad intelectual y cultural del mundo representado por el tradicionalismo católico” (Brunner, 1981, p. 117) y atraída, por tanto, al pensamiento marxista (Gazmuri, 1988). Los estudios más importantes en esta línea son los de Moyano (2009) y Valenzuela (2017), quienes buscan contextualizar y relatar el origen del MAPU de manera exhaustiva y en detalle; sin embargo, también cabe aludir a investigaciones que, si bien abordan el fenómeno lateralmente,

contribuyen a su comprensión; es el caso de los trabajos de Brunner (1981), Cox (1985), Gazmuri (2000), entre otros.

La problemática historiográfica y sociológica, en general, ha buscado rastrear e identificar quiebres y continuidades para vincular dos momentos: primero, una juventud católica comprometida con el proyecto histórico de la Democracia Cristiana, vinculada no sólo a través del PDC sino a las instituciones del catolicismo social; segundo, una juventud de raíz católica altamente radicalizada, con un discurso marxista que la posiciona incluso entre los sectores más intransigentes de la Unidad Popular. El riesgo es asumir una continuidad natural entre ambos momentos, como si la izquierdización fuese un producto inevitable de las características propias de dicho segmento juvenil y las condiciones que le rodeaban. En general, como apunta Valenzuela (2011, p. 191), respecto a los fenómenos de ruptura social o política se registran dos grandes enfoques interpretativos, lo cual ocurre también con la formación del MAPU.

El primero de ellos alude a las condiciones estructurales que determinan la ruptura; en este caso, los jóvenes democratacristianos habrían sido empujados por ellas a escorarse hacia la izquierda y fundar un nuevo movimiento político—convertido luego en partido—. Autores como Correa et al. (2001, p. 256), y Skidmore y Smith (1996, p. 149) enfatizan esta línea de explicación. Para Yocelvezky (1985), en tanto, el quiebre deriva de la coyuntura de 1967, en la cual el retroceso electoral del PDC suscita una pugna interna respecto al rumbo que debe adoptar el gobierno de Eduardo Frei Montalva; quienes plantean una convergencia con la izquierda y la “vía no capitalista” son denominados “rebeldes”.

El segundo enfoque, en tanto, enfatiza el rol del proyecto propio generacional de los jóvenes democratacristianos, sus experiencias y subjetividades. El vacío en estas explicaciones remite a la necesidad de observar cómo estas dinámicas operan en la práctica. No existe un estudio exhaustivo dedicado específicamente a la lucha faccional en la JDC durante la década de 1960, como sí lo existe para las décadas siguientes. Sabemos que hay un estadio inicial donde los futuros mapucistas son democratacristianos disconformes, pero democratacristianos al fin; sabemos que hay una radicalización ideológico-cultural y factores estructurales que la propician y encauzan hacia la izquierda; y un estadio final en la cual forman un partido de izquierda marxista y son partícipes de pleno derecho en la “vía chilena al socialismo”. Lo que conocemos escasamente es cómo dicha radicalización se expresa en la práctica, cómo se despoja de los lazos que la vinculan a su progenie y qué contradicciones debe afrontar para alcanzar una síntesis cristalizada finalmente en la conformación de un nuevo partido.

Es importante notar que, al decir de Muñoz y Durán (2019, p. 130),

“durante el siglo XX las actorías sociopolíticas de los jóvenes se expresaron fundamentalmente en el mundo estudiantil, pues si bien es verificable la presencia de jóvenes partícipes del movimiento obrero o del movimiento poblacional —entre otros espacios colectivos—, no existió en estos una transmisión identitaria que relevara lo juvenil por sobre las referidas condicionantes estructurales. En ese marco, fue prolífica la emergencia de liderazgos e iniciativas políticas que se expandieron en universidades y colegios al calor de movimientos sociales juveniles, alcanzando muchas veces un fuerte protagonismo en la escena nacional”.

Manuel Antonio Garretón y Javier Martínez afirman, por su parte, que los estudiantes universitarios “constituyen el campo principal en el cual se libran los conflictos culturales de la sociedad y por esa razón puede decirse que ningún tema les resulta ajeno” (Cox, 1985, p. 6). La UC, en este sentido, constituye un espacio particular de articulación política; su cuerpo estudiantil, aunque inicialmente refractario a la participación en luchas y demandas sociales de alcance nacional, emerge durante la década de 1930 como un vector de participación y articulación política, llegando incluso a sobrepasar a la Universidad de Chile en la producción de grupos “que se han mostrado renovadores de la historia de Chile” (Gazmuri, 2000). En las primeras décadas de existencia del plantel, empero, “los alumnos católicos sólo participan en actividades internas de carácter religioso, literario y recreacional” (Scherz, 1990, p. 207). Entre ellas destaca la temprana formación de Centros de Alumnos, así como el involucramiento en instituciones de carácter religioso como la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), espacio a partir del cual se comienza a formular una crítica al tradicionalismo conservador y una recepción fluida de las tendencias de crítica social al interior de la Iglesia Católica (Gómez, 1985). Luego, en la década de 1930, la participación de los estudiantes de la UC en el movimiento estudiantil contra la dictadura de Carlos Ibáñez (Moraga, 2007, p. 557), la formación de la Falange Nacional (Boizard, 1964) y la fundación de una Federación de Estudiantes propia, la FEUC, da cuenta de una inquietud creciente por tener una voz ante los sucesos nacionales y una expresión institucional para las disputas políticas internas; la propia FEUC, en uno de sus primeros boletines, expresa que dicho impulso “no es más que la proyección de aquel hondo movimiento por alcanzar nuevos valores y crear un nuevo espíritu que ha asumido viril y cristiana forma en todos los campos donde alientan corazones jóvenes no aplastados por los prejuicios, errores e iniquidades del mundo actual” (FEUC, junio de 1940, p. 1).

En las décadas siguientes, la FEUC se consolida como *locus* de la actividad política estudiantil en la UC, desarrollando a partir de 1959, bajo la conducción de la Democracia Cristiana Universitaria (DCU), “un pensamiento crítico frente a la universidad [...] algunas iniciativas innovadoras y llegará finalmente a definir una estrategia concreta de creación de la Nueva Universidad” (Cox, 1985, p. 13). Así, el movimiento estudiantil y la FEUC constituyen y acogen en su seno el movimiento que permite poner en marcha la Reforma Universitaria y luego dar origen al MAPU.

Dado lo anterior, se propone en este artículo el despliegue de un estudio de caso de la radicalización que da origen al MAPU. Esta estrategia de investigación aborda “la necesidad o deseo de entender un fenómeno social complejo, puesto que permite a los investigadores detectar las características más representativas y holísticas de los eventos y/o fenómenos de la vida real” (Escudero, Delfín y Gutiérrez, 2008, p. 7). El fenómeno social complejo en cuestión, para efectos de este artículo, es la radicalización de los jóvenes católicos democratacristianos y su tránsito hacia la militancia en un partido de izquierda marxista como el MAPU; el caso estudiado, en tanto, es la dinámica interna del movimiento estudiantil reformista en la UC entre 1967 y 1969, cuyos vehículos organizacionales son la Democracia Cristiana Universitaria y la FEUC, controlada por la DCU desde 1960. Es un caso especial, por cuanto no solamente expresa los rasgos centrales del fenómeno sino que lo prefigura y determina.

De tal suerte, este artículo busca contribuir a la literatura existente sobre los procesos de radicalización grupal y más específicamente la formación del MAPU, su significado y su proyección, mediante la exploración del proceso de radicalización en su fase acelerada; es decir, cómo un grupo de sujetos concretos pasa de militar e identificarse con la Democracia Cristiana a hacerlo con la izquierda marxista. No obstante las reflexiones y experiencias sedimentadas durante la primera mitad de la década de 1960, consideramos que el período decisivo para este cambio ocurre entre agosto de 1967 y mayo de 1969; entre la toma de la UC y la fundación del MAPU. Asimismo, proponemos una explicación de carácter eminentemente político y subjetivo para este tránsito: no solamente habría existido una transformación a nivel ideológico y cultural, o una derrota interna en la estructura partidaria del PDC que les excluye de los espacios de poder, sino también una modificación en las perspectivas generacionales de cambio político derivado de una experiencia particular: el auge, radicalización y caída del movimiento estudiantil reformista en la UC. En otras palabras, sostenemos que la dinámica del movimiento en la UC no solo resulta expresiva del proceso de radicalización generacional que da origen al MAPU, sino que en muchos sentidos lo sobredetermina. Sería un error analizar este fenómeno sólo en términos

de una interacción social de élites, como lo han planteado algunos enfoques. En cambio, expresa un proceso de formación y desarrollo de subjetividades políticas al calor de un conflicto determinado extensible a la sociedad, y a la vez el origen de un partido político que en años posteriores expandiría su base social, convirtiéndose en protagonista tanto del proceso de la Unidad Popular como de la lucha contra la dictadura militar. Del mismo modo, sería también un error interpretar la hipótesis de este artículo como excluyente respecto a otras: no es la dinámica interna de la UC el factor exclusivo que impulsa la radicalización de las élites juveniles que dan origen al MAPU, sino que interactúa y se alimenta de procesos y fenómenos socioculturales a nivel nacional y global, los cuales han sido pormenorizadamente descritos en investigaciones previas (Inglehart, 1977; Marwick, 2000; Christiansen y Scarlett, 2012).

Este artículo consta de cinco partes, además de la introducción. Primero, se caracteriza el proyecto democratacristiano en el movimiento estudiantil, su composición y su trayectoria temprana, con especial énfasis en la UC. Segundo, se relatan las dinámicas y lecturas políticas subyacentes a la toma de la Universidad en agosto de 1967, y sus consecuencias inmediatas para el movimiento estudiantil reformista. Tercero, se da cuenta de la radicalización en sus hechos decisivos dentro de la Universidad, el alejamiento de las formas organizacionales precedentes a la toma y el quiebre del bloque reformista. Cuarto, se caracteriza el proyecto mapucista en su dimensión estudiantil y generacional, delineando su expresión inicial y su capacidad de sintetizar los procesos experimentados en años previos. Y quinto, se plantean conclusiones y reflexiones finales a la luz de lo estudiado. Como puede verse, existe una distinción temporal pero también analítica: se presenta la situación previa, la situación final y entre ambas, las discusiones y hechos que, en su conjunto, expresan la ruptura generacional a la cual hemos hecho mención. El presente estudio se nutre fundamentalmente de fuentes documentales hasta hoy previamente dispersas, así como conversaciones con actores de la época y trabajos que abordan fenómenos laterales al objeto de investigación, buscando establecer una narrativa del estudio de caso para contribuir a una mejor descripción y comprensión del fenómeno de radicalización generacional de un amplio segmento de la juventud democratacristiana en la segunda mitad de la década de 1960.

La “Patria Joven” y el movimiento estudiantil (1957-1966)

Desde sus inicios, el movimiento estudiantil fue considerado de capital importancia para la tradición democratacristiana. Los líderes fundadores de la Falange Nacional, entre ellos Bernardo Leighton, Eduardo Frei Montalva y Radomiro Tomic, se vinculan inicialmente al servicio público en su etapa estudiantil, por

medio de las organizaciones de la Acción Católica y también de la representación estudiantil propiamente dicha en la UC, perfilando desde allí una “vocación política” (Boye, 1986). Esta generación de estudiantes que “concentran su energía en la discusión ideológica y doctrinaria de los problemas nacionales” (Yocolevsky, 1985, p. 290) articula en la primera mitad de la década de 1930 un pensamiento cristiano de vanguardia, diferente al que había hegemonizado hasta entonces el Partido Conservador, lo cual produce una inmediata distancia con la cultura política, social y religiosa que les había visto nacer, aunque inicialmente adscriben a ella (González, 2018). En 1933 forman el Centro de Estudiantes Conservadores, que deriva en 1935 en el Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora, el cual se emancipa del Partido Conservador en 1938 bajo el nombre de Falange Nacional. Si bien en sus primeros años el crecimiento electoral del partido es más bien lento, este consolida su base social entre las capas medias a través de su presencia en el mundo universitario. Según Yocolevsky (1985, p. 293), “el crecimiento de la influencia falangista entre los universitarios es un indicador de la incapacidad de los radicales, representantes más tradicionales de las clases medias, para atraer a los sectores más jóvenes y más modernos de esos mismos grupos sociales”.

En 1955 los falangistas ganan por primera vez la FECh, al igual que mantienen amplia presencia en las dirigencias estudiantiles de otros planteles, entre ellos la UC. Dos años después, en 1957, se fusionan con el Partido Conservador Social Cristiano —aliado en la política estudiantil desde 1949— y otros grupos para formar el Partido Demócrata Cristiano, cuyo componente principal es el falangismo y que alcanza un rápido éxito al año siguiente con el sorprendente desempeño de Eduardo Frei Montalva en la elección presidencial. Mientras la política y la sociedad chilena se ven azotadas a finales de la década de 1950 por la emergencia de nuevos movimientos de masas, “para cualquier observador perspicaz y para todo chileno inquieto por el porvenir patrio, era evidente que Chile atravesaba por una etapa de profundos desajustes que lo abocaba a un proceso de cambios inminentes” (Aylwin, 2023, p. 19). Desde el centro socialcristiano y la izquierda comienzan a idearse y perfilarse “planificaciones globales” de cambio social mediante la institucionalidad política, que coinciden en la necesidad de modificar radicalmente las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales del país.

En este contexto, la Democracia Cristiana Universitaria, rama estudiantil del PDC, hegemoniza rápidamente el movimiento estudiantil universitario a lo largo del país, y también la FEUC. Según Ana Tironi (1985, p. 93), el PDC “venía creciendo en forma importante y su expresión en las universidades se hizo vigorosa, rompiendo una tradición pocas veces interrumpida de una dirección laica de

los estudiantes”. Este dominio mayoritario de la DCU en el mundo político estudiantil se caracteriza por

“el contexto de las transformaciones universitarias y sus problemáticas, el posicionamiento en la Guerra Fría desde América Latina con una posición anticomunista y crítica al marxismo como diferenciación doctrinaria y de proyecto, un complejo y llamativo contexto de discusiones teóricas, doctrinarias y políticas desde el socialcristianismo, la discusiones de las organizaciones cristianas católicas y el rol de la Iglesia, la interpelación por parte [de] diversos sectores cristianos a una actitud militante y comprometida y el creciente diagnóstico y discusiones económicas y política por impulsar reformas estructurales” (Duharte, 2022, p. 76).

Dentro del mundo cristiano destaca la influencia del “mundo académico jesuita” (Beigel, 2011) y el crecimiento de organizaciones como la Parroquia Universitaria o la Asociación de Universitarios Católicos (AUC), que también proveen a la dirigencia estudiantil de cuadros formados en el compromiso social. Comienza entonces un período de intensa politización al calor de los anhelos de cambio en la juventud chilena, donde “el mundo estudiantil, la parte más activa de él, desarrolla una visión optimista de la vida; vive una situación extrovertida; comunica sus problemas personales; mira al exterior del país, y se compromete activamente en la transformación de su Universidad” (Brunner, 1981, p. 59). El vehículo político predilecto para estas inquietudes es la DCU, cuyos dirigentes afirman sin embargo que

“la Universidad tiene que recorrer su propio camino para llegar a ser comunitaria en una sociedad comunitaria. Por eso, a pesar de mostrarnos totalmente identificados con el PDC, e incluso algunos de nosotros con vocación política militando en él, somos antes que nada la expresión netamente universitaria en este movimiento ideológico integral” (Política y Espíritu, noviembre de 1959, p. 6).

En estos años gana fuerza la idea de una Reforma Universitaria, cuyos contornos y perspectivas se hallan consolidadas alrededor de 1964, fruto de un dinámico proceso de elaboración político-intelectual encabezado por la DCU al interior de las universidades (Cox, 1985, p. 17) y de una reflexión más amplia al interior de la Iglesia Católica —con figuras como Luis Scherz y Hernán Larraín Acuña— respecto al rol de las universidades, especialmente aquellas asociadas a ella (Mensaje, marzo-abril de 1964). Un libro publicado por la FEUC (1964, pp. 18-21) sintetiza el propósito de la acción estudiantil democratacristiana en este período: “Nuestra tarea de formación, de acción social, de participación a través de distintos medios en la creación de la nueva universidad, constituyen una pri-

mera respuesta al desafío en este momento y una preparación indispensable a la respuesta que daremos mañana”.

En la misma línea, Tironi (1985, p. 96) afirma que la Reforma Universitaria “no fue percibida por los estudiantes como un problema meramente corporativo. Ella pasó a ser, de algún modo, la tarea antioligárquica de los estudiantes al poner a la Universidad al servicio de una sociedad en proceso de cambio”. El movimiento estudiantil reformista se plantea como una potencia sociocultural en la línea de la “Revolución en Libertad” que plantean Frei Montalva y el PDC, buscando transformar la universidad para volverla compatible y ponerla al servicio de la construcción de la “nueva sociedad”. Este pensamiento apunta una consolidación al interior de la UC, donde el movimiento reformista alcanza una mayor autonomía respecto de la estructura partidaria y la hegemonía política democratacristiana en la FEUC es prácticamente incontrarrestable. Además, se facilitan las cosas por “el relativo aislamiento de la UC, su tendencia a operar como una ‘institución total’, y por la separación del movimiento estudiantil de las redes de comunicación política más habituales del país” (Brunner, 1981, p. 117).

Según Moyano (2009, p. 211), en este plantel, dada además la inexistencia orgánica de la izquierda, “la DC representaba la opción más comprometida con los cambios sociales, pero que no implicaba ruptura absoluta con los orígenes de clase ni religiosos, valóricos o identitarios [...] siendo un partido atractivo para jóvenes profesionales que compartían los valores de la igualdad social, el antioligarquismo y la idea de una sociedad más justa”. Luego del triunfo de Frei, la FEUC afirma que “al nuevo gobierno responderemos con una nueva Universidad” y se atribuye “el papel de celosa guardiana de la integridad del proceso revolucionario”, apelativo que otorgan al gobierno democratacristiano (Machitún, septiembre de 1964, p. 1). Los dirigentes de la FEUC reafirman consistentemente su compromiso con la Democracia Cristiana, aunque más asociado a su propuesta programática e ideológica que a una afiliación partidaria en sentido estricto; aunque es probable que en dicho enfoque influya la tradición política de la UC, menos proclive a la lucha político-partidaria explícita que la FECh, también refleja una realidad —o anhelo— de autonomía orgánica mayor que en otros casos. Miguel Ángel Solar recuerda que la FEUC “tenía muy poca trascendencia a nivel nacional” en comparación a la FECh, lo cual minimizaba el interés de los partidos y, por tanto, su involucramiento directo (Duharte, 2022, pp. 56-57).

Al finalizar la gestión federativa de 1965, el presidente Carlos Eugenio Beca resalta que “en estos instantes, en que se inicia un proceso de cambios, que ofrece favorables expectativas para impulsar los cambios que hemos sustentado, FEUC ha señalado su compromiso con este movimiento revolucionario [...] nuestro compromiso es con un proceso de cambio y no con determinado gobierno o per-

sonas. Y en esta revolución nacional, en que toda comunidad debe estar presente dando su voz y su acción, también estamos los universitarios” (FEUC, 1965, p. 9).

En síntesis, hacia mediados de la década de 1960 cristaliza dentro del movimiento estudiantil universitario, y particularmente dentro de la UC, una hegemonía de la Democracia Cristiana Universitaria que le permite elaborar, consolidar y desplegar un programa de Reforma Universitaria asociado al proyecto de transformación social propuesto por la “Revolución en Libertad” del gobierno de Eduardo Frei Montalva. Esta situación permite observar al menos tres rasgos centrales para efectos de este artículo. Primero, la explícita identificación cultural y programática del movimiento reformista y sus dirigencias con el PDC, con nexos partidarios nítidos, aunque más laxos. Segundo, la priorización de la Reforma Universitaria como objetivo estratégico y “aporte” del movimiento estudiantil al proceso nacional de transformaciones sociales. Tercero, el perfilamiento de un proyecto ideológicamente denso, de marcado carácter generacional e “iluminista” (Valenzuela, 2011). Estos tres elementos se pondrían en juego al alcanzar el movimiento estudiantil reformista su apogeo en 1967.

La toma y el inicio de la Reforma (1967)

A partir de 1965, con un consenso general relativamente amplio respecto de los aspectos programáticos del movimiento estudiantil reformista, la FEUC “intenta implementar, a través del acuerdo con las autoridades de la universidad, los principios reformistas” (Cox, 1985, p. 18). Sin embargo, la relación entre las dirigencias estudiantiles y las autoridades universitarias comienza a tensarse cada vez más, ante la respuesta de las segundas, que las primeras juzgan insuficiente. René Millar (2005, p. 150) estima que desde 1965 “un sector de los estudiantes, el representado por la FEUC, fue acentuando sus discrepancias con las autoridades superiores de la Universidad y cada cierto tiempo se manifestó en términos muy críticos respecto de su gobierno y su funcionamiento, generando situaciones de bastante tensión en el seno de la comunidad”.

En 1966, la FEUC convoca un paro general de protesta dando cuenta de “una gran efervescencia y que había impaciencia porque la Dirección no avanzaba en la solución de los problemas” (Krebs, Muñoz y Valdivieso, 1994, p. 651), demandando “una Universidad que no fuera ‘torre de marfil’, ajena a los grandes problemas nacionales y al proceso de cambios que empezaba” (Gazmuri, 2012, p. 298). En octubre de 1966 la DCU triunfa nuevamente en la FEUC con Miguel Ángel Solar, definiéndose como una Federación “que llama y responde a la revolución”, idea todavía asociada al gobierno de Frei (Fuentes, 1994, p. 17). Solar declara que su victoria “representa la capacidad de nuestro movimiento revolucionario para

dar expresión colectiva a los sentimientos individuales de la juventud; significa una inyección de optimismo al movimiento estudiantil que, cada vez con más fuerza, empuja a tomar iniciativas de mayor responsabilidad y envergadura” (La Nación, 31 de octubre de 1966). A comienzos de 1967, Solar expresa la voluntad de la FEUC, como vehículo del movimiento estudiantil reformista, de “avanzar rápidamente hacia una nueva Universidad, realmente creadora, formadora de hombres verdaderamente cultos, auténticamente comunitaria, propiamente católica, e íntimamente ligada al desarrollo del país” (Cifuentes, 1997, p. 217).

Según Krebs, Muñoz y Valdivieso (1994, p. 657), la retórica de Solar era “un llamado a la revolución”, aunque estrictamente circunscrita al plano universitario. Los reformistas identifican la Reforma Universitaria como prioridad absoluta; al finalizar los trabajos voluntarios organizados por la FEUC en el verano, Solar asegura que “vamos a aplicar el espíritu que en Arauco hemos encontrado a nuestra Universidad” (Cifuentes, 1997, p. 212). Resulta claro que los estudiantes reformistas comprenden que su papel en la transformación del país, y su “aporte” al proyecto revolucionario de la Democracia Cristiana pasa por el impulso de un proceso de reformas estructurales en la UC; no por involucrarse de manera directa en la disputa política nacional, sino hacerlo a través de su condición de estudiantes universitarios.

La FEUC plantea el problema como una “crisis de autoridad”, la cual resume en la idea según la cual “las personas que detentan el poder, no reconocen el caos a que está sometida nuestra Universidad y no adoptan la actitud de renunciar, para así dejar paso a la nueva Universidad que debe venir, manejada por hombres nuevos, que estén a la altura de los tiempos” (Ariete, mayo de 1967). El movimiento reformista identifica la necesidad del cambio no sólo con modificaciones reglamentarias e institucionales, sino con la remoción de sus cargos por parte de las autoridades vigentes que, a su juicio, no solamente obstaculizan los cambios sino también representan una actitud y un estilo que no se corresponde con la identidad reformista. Las autoridades, que habían iniciado la elaboración de un proyecto de nuevo Reglamento General como concesión al movimiento estudiantil un año antes, se ven envueltas en una vorágine de conflictos que no logran manejar. Pese a los esfuerzos por canalizar la inquietud del movimiento por los canales previamente establecidos, durante el primer semestre de 1967 “empiezan a subir las polémicas ideológicas y roces desde las unidades jerárquicamente inferiores hasta los niveles superiores de autoridad universitaria. Como extremos visibles de la pugna, aparece la directiva de la FEUC, por una parte, y por la otra, el Consejo Superior de la Universidad” (Krebs, Celis y Scherz, 1978, pp. 38-39). El 6 de junio, Solar expone con detalle ante el Consejo Superior las críticas y propuestas del movimiento reformista, aseverando que la FEUC “ha planteado

como centro nuclear de su acción estudiantil la superación de la crisis de autoridad y la necesidad apremiante de que nuevos hombres tomen la Dirección de la Universidad Católica” (FEUC, 1967, pp. 13-14).

Estos “nuevos hombres”, según Solar, deben ser “representativos”, “universitarios” y “tener conciencia de la urgencia del cambio”. Todos los pasos que toma la FEUC son ratificados en el Consejo General, órgano representativo de los Centros de Alumnos agrupados en la Federación, que cuenta con mayoría reformista. Así se convoca también a un plebiscito para los días 27 y 28 de junio, que tiene como propósito evaluar el apoyo estudiantil al “cambio de la máxima autoridad universitaria”, es decir, el Rector. Pese a la oposición del recientemente formado Movimiento Gremial y de la autoridad misma, la votación se lleva a cabo con éxito y los reformistas obtienen una resonante victoria: 3.221 estudiantes se han pronunciado en favor de la moción levantada por la FEUC. Sin embargo, sus dirigentes declaran que “no vamos a tomar ninguna medida violenta, esto es, huelgas o toma de la Universidad” sin antes llevar a cabo un diálogo con la Rectoría (La Segunda, 30 de junio de 1967).

El Cardenal Raúl Silva Henríquez interviene en el conflicto y promete que se designará un Prorector comprometido con las transformaciones deseadas en el plazo de un mes. En las discusiones del nuevo Reglamento General durante julio, sin embargo, se rechazan sucesivamente las propuestas de la FEUC, entre ellas la realización de un Claustro Pleno para elegir democráticamente a un nuevo Rector luego de un período de transición. El 4 de agosto se aprueba el nuevo Reglamento, lo cual lleva a algunos a pensar que “el cambio de autoridades se produciría en conformidad con los acuerdos tomados por el Consejo y que el tránsito hacia la nueva etapa en la octogenaria historia de la Universidad se produciría en forma normal y armónica” (Krebs et al., 1994, p. 665). No ocurre así.

“Los caminos de negociación directa están ya cancelados. El Consejo Superior ha dado los pasos que podía dar sin cambiar drásticamente su estrategia —lo cual, por necesidad, hubiese significado restar autoridad al Rector y aceptar una parte sustancial de las demandas estudiantiles—; y los estudiantes perciben que las circunstancias son favorables para un golpe de mano más audaz” (Brunner, 1981, p. 136).

Cumplido el plazo de un mes sin respuestas satisfactorias, el Consejo General aprueba una huelga universitaria indefinida y esa misma noche, en la medianoche del 11 de agosto de 1967, los estudiantes reformistas encabezados por la FEUC hacen ocupación de la Casa Central y las demás sedes capitalinas de la Universidad. Sus dirigentes declaran que “solo la nueva autoridad y el Claustro Pleno podrán abrir esta Universidad” declaran sus dirigentes, mientras el Conse-

jo Superior condena la toma. Solar envía una carta al Rector señalándole que “su papel histórico ya terminó, por lo tanto deberá abandonar el poder dejando paso a las nuevas generaciones que responden a otros valores” (San Francisco, 2017, p. 122). Durante los primeros días de la ocupación, se suceden disputas mediáticas e incluso físicas en las entradas de los edificios tomados, dada la organización de un movimiento de oposición encabezado por los gremialistas. La prensa conservadora, especialmente *El Mercurio*, critica fuertemente la toma, acusando una instrumentalización por parte del marxismo, a lo cual los estudiantes replican con un célebre lienzo atacando al matutino (Araya, 2008).

Luego de una semana, el conflicto ingresa en una fase de resolución, en la cual intervienen el Cardenal Raúl Silva Henríquez y el presidente Frei (Brunner, 1981, p. 1987). En una asamblea con académicos, el Cardenal afirma que impulsará la participación triestamental y la reforma de la Universidad acogiendo las demandas estudiantiles, nombrando a un nuevo Prorector que emerge de una quina propuesta por los académicos (Silva Henríquez, 1991, p. 101). En la noche del 20 de agosto, se reúne con la FEUC hasta la madrugada y firman un protocolo de acuerdo, que incluye el nombramiento de Fernando Castillo Velasco como Prorector y la convocatoria de un Claustro Pleno triestamental para designar a la máxima autoridad en un plazo de tres meses. El 22 de agosto, los estudiantes desalojan el edificio y declaman su victoria en un acto donde Solar se presenta junto a Castillo Velasco. El Rector renuncia, y con él presenta su dimisión el resto de los integrantes del Consejo Superior que se consideran refractarios a las propuestas estudiantiles (Brunner, 1981, pp. 196-197).

Para Krebs et al. (1994, p. 821), es un triunfo “no tan sólo de la acción que habían iniciado el día 11 de agosto con la ocupación de la Universidad, sino del movimiento de reforma que se había iniciado en el año 1959 cuando la DCU había ganado las elecciones para la presidencia de la FEUC”. Un editorial de La Nación (22 de agosto de 1967), de línea demócratacristiana, afirma que el triunfo es “fruto de un largo esfuerzo de perfección universitaria, de sentido de la responsabilidad y de conciencia de los deberes de la Universidad y de sus profesionales para con la patria que les da acogida. Es un triunfo del auténtico espíritu universitario, que no podemos sino saludar llenos de alegría por lo que él significa para modernizar las viejas estructuras. Es, en definitiva, un triunfo para la Universidad Católica”. El triunfo de los estudiantes es prácticamente absoluto: al asumir Castillo Velasco, “los principios sustentados por el movimiento estudiantil comienzan a operacionalizarse. Los ‘nuevos hombres’ han llegado al poder y la construcción de la ‘nueva universidad’ se inicia” (Cox, 1985, p. 33).

La radicalización en marcha (1967-1969)

Dado el transcurso relatado de los acontecimientos, es razonable señalar que el aspecto más sorprendente en la trayectoria del movimiento reformista de la UC no es la toma en sí, sino el triunfo prácticamente inequívoco de sus postulados y afirmaciones programáticas. Quizás el de 1967 no es el movimiento estudiantil más masivo en la historia de Chile, pero sin lugar a dudas es el más exitoso. Con la llegada al poder rectorial de Fernando Castillo Velasco, que es ratificada en noviembre por el Claustro Pleno y la consiguiente aprobación de la Santa Sede, el programa de reforma comienza a implementarse “por consenso”, con el respaldo mayoritario del estamento académico (Cox, 1985, pp. 34-35). En los primeros meses de 1968, se aprueba, entre otras cosas, un 25% de participación estudiantil con voz y voto en todos los órganos colegiados de la Universidad, así como la elección directa de representantes al Consejo Superior y otros cargos, y la completa reformulación de la estructura académica y los planes de estudio. Así, el movimiento reformista se ve enfrentado a una realidad que trastoca la identidad forjada en los años de crítica y denuncia antes de 1967. La reforma es asumida plenamente como un propósito de la Rectoría, lo cual produce una contradicción en el seno del movimiento: la crítica al poder establecido, antes fuertemente anclada en el conflicto universitario, deja de tener sentido en el nuevo contexto sociopolítico de la UC —y también de otras universidades, que experimentan procesos similares meses después—. El respaldo y supervigilancia de un proceso dirigido desde las oficinas de la Rectoría, aunque cuente con la participación directa de ex dirigentes en su implementación, parece ser un objetivo demasiado modesto para el ímpetu generacional de los jóvenes democratacristianos.

De esta forma, el triunfo de la toma de Casa Central genera un doble efecto en los estudiantes reformistas, tanto en sus participantes directos como en su entorno. Por una parte, la inapelabilidad de la victoria alcanzada constituye un aliciente moral enorme, casi una demostración empírica de que las acciones de fuerza y la articulación de movimientos de masas puede producir cambios estructurales efectivos. Por otra, el súbito agotamiento de la lucha estudiantil como vector de movilización obliga a buscar nuevos objetivos. Si a este doble efecto se suma la ya robusta sedimentación de reflexiones acerca de la realidad nacional y el rol de la juventud cristiana en ella, el vuelco hacia la lucha nacional se hace completo. Y en él, la idea de “nuevos hombres”, que pragmáticamente se refería en un comienzo al reemplazo de Alfredo Silva Santiago y sus colaboradores en la Rectoría de la Universidad, comienza a ser enfatizada en su connotación metafísica, como la expresión de una transformación integral en la sociedad chilena, que empalma con la radicalización propia de la izquierda chilena que se cultiva desde finales de la década de 1950 y comienza también a cristalizar en una

propuesta política y programática denominada “vía chilena al socialismo” (Calsals, 2010). En palabras de Cox (1985, pp. 36-37), “la universidad tradicional, objeto de la crítica, había desaparecido, y se constituyó la nueva universidad, la que el movimiento definió [...] Despedidos de la estructura de poder los sectores tradicionales, el movimiento no tenía por qué ni contra qué luchar”. Sostenemos que el proceso de radicalización de buena parte de la juventud democratacristiana que forma el MAPU, aunque fraguado y prefigurado en años anteriores, tiene su auténtico punto de inicio con este cuadro de situación, que se configura hacia finales de 1967 y comienzos de 1968 con el agotamiento del conflicto universitario y una nueva reflexión, sobredeterminada por el contexto de la Reforma Universitaria, en torno al rol que se debía cumplir respecto del país. Este tránsito, como hemos señalado, no es directo ni inmediato; debe atravesar las tensiones propias de un giro copernicano como el que los reformistas se aprestan a concretar. En esta trayectoria destacan tres hitos: el triple quiebre del movimiento reformista, las elecciones FEUC de 1968 y el plebiscito de censura contra el Movimiento Gremial en abril de 1969, que expresan respectivamente la emergencia, la expresión y la consolidación de la radicalización y sus efectos directos.

a. El triple quiebre del movimiento reformista

En octubre de 1967, la DCU nombra a Rafael Echeverría, presidente del Centro de Alumnos de Sociología, como candidato a la presidencia de la FEUC. Dado el impulso de la toma, su triunfo se da por descontado, no obstante la vitalidad de la alternativa gremialista que preside Jaime Guzmán (Castro, 2016). Echeverría no es militante del PDC, aunque los sectores “rebeldes” de la JDC y la DCU defienden su postulación pese a sus vínculos izquierdistas y su escasa formación cristiana, que lo distingue de Solar y otros dirigentes. Completan la lista Pedro Morandé como vicepresidente y Juan Gabriel Valdés como secretario general, ambos de connotada trayectoria posterior. En la campaña electoral, el mensaje de la DCU todavía se orienta a la organización del respaldo *vis à vis* el proceso de Reforma:

“En el pasado la acción de los estudiantes se programaba aislada de lo que el resto de la Universidad hacía. Con la Reforma Universitaria es posible integrar toda nuestra acción estudiantil en una nueva estructura universitaria. Toda la labor de nuestras diferentes vocalías es necesario incorporarlas a estas nuevas estructuras para que sea la labor de toda la comunidad de profesores y alumnos” (DCU, 1967).

La nómina de Echeverría cumple las expectativas y supera al gremialismo por casi un millar de votos. Al asumir la presidencia, sin embargo, Echeverría y

su grupo más cercano comienzan a tomar distancia de la implementación de la Reforma que dirige la Rectoría, en la cual participan los ex dirigentes liderados por Solar. La fisura entre el grupo de Echeverría y el grupo de Solar tiene dos vertientes. Una es ideológica: Echeverría entra en contacto con Luciano Cruz y el MIR en Concepción, lo que produce en su grupo “una acelerada radicalización política” (Warnken, 2006, p. 68) y un alejamiento definitivo de la DCU. Otra es más propiamente político-estratégica: ambos grupos se disputan la conducción del movimiento reformista, y definen de manera disímil las tareas del movimiento estudiantil ante la implementación de la Reforma. Según Cox (1985, p. 38), el grupo de Solar concibe la acción estudiantil “como subordinada a la dirección e iniciativas de la Rectoría, instancia que, además de ser aquella en que ellos están, es la que impulsa la reforma”. Se mezclan allí disputas de poder e influencia, diferencias político-estratégicas y discrepancias ideológicas.

En paralelo, el grupo de Solar, que aglutina a la mayoría del movimiento reformista, constituye durante el primer semestre de 1968 el Movimiento 11 de Agosto, que inicialmente se plantea como fuerza política al servicio de los avances de la Reforma —de allí su nombre— e incorpora visiones más moderadas, aunque al poco tiempo “iría a servir de refugio a todos aquellos demócratacristianos que ya no se identificaban con el partido al que pertenecían” (Acuña-Asenjo, 2010, p. 103). Por otro lado, los sectores más cercanos al gobierno de Frei, que desconfían de los “rebeldes” y del 11 de Agosto, se mantienen agrupados en la DCU y critican con igual fuerza a Solar y Echeverría. A estas alturas, el movimiento reformista que en 1967 tenía como vehículo político único y excluyente a la DCU, se encuentra dividido en al menos tres grupos: la DCU remanente en la UC, que queda conducida por los sectores más moderados y freístas —a diferencia de la JDC, organización juvenil nacional del PDC hegemonizada por los “rebeldes”—; el 11 de Agosto, asociado a la JDC, que incluye a la FEUC de 1967 así como a la mayoría del movimiento; y el grupo de Echeverría, asociado al MUI y en franca disputa con los anteriores. Los dos últimos grupos avanzan en una virtual carrera hacia la radicalización.

El 23 de septiembre la Directiva presidida por Echeverría presenta su renuncia, la cual fundamenta en una declaración pública que ataca duramente al 11 de Agosto, movimiento en el cual “no hay lugar para quienes, como nosotros, sostengan que nuestra primera obligación es comprometernos en la lucha de obreros y campesinos por alcanzar el poder, lucha que se da fuera de la Universidad. [...] No es revolucionario el que busca sólo la transformación de una Universidad y no está dispuesto a considerar como su primera obligación la revolución en la sociedad” (Cox, 1985, p. 39). Por otro lado, el 11 de Agosto responde que las dife-

rencias no son ideológicas sino debido a la “incapacidad política” de Echeverría (La Nación, 25 de septiembre de 1968) y manifiesta ser

“la única alternativa para superar la crisis llevando el movimiento estudiantil a enfrentar su responsabilidad histórica: comprometer a los estudiantes con campesinos y obreros y junto a ellos transformar la sociedad capitalista, destruyendo su ideología y estructura económica, jurídica y política para construir la sociedad socialista”.

El 11 de Agosto, que aglutina a la mayoría de los democratacristianos que habían gestado la toma, afirma que “estamos dispuestos a proletarizar el movimiento estudiantil y transformarlo en solidario de las clases trabajadoras” (Cox, 1985, p. 39). En una línea similar, la JDC señala, a través de su presidencia, que el gobierno de Frei es “un administrador del país sin capacidad ni voluntad de dar ningún salto adelante en el proceso prometido y desencadenado” y que “la lucha estudiantil sólo adquirirá sentido si se liga a la lucha real del pueblo y se tiene claro que la conquista definitiva de la Universidad para la clase trabajadora sólo será posible estando el pueblo en el poder” (Correa, 1968).

En rigor, se trata de un triple quiebre: por una parte, la dirigencia del movimiento se divide *horizontalmente* en tres partes —DCU, 11 de Agosto y MUI-Echeverría—, pero también se produce un quiebre *desde arriba*, de las vanguardias respecto a las sensibilidades y dinámicas de la mayoría estudiantil, que comienza a gravitar hacia posiciones gremialistas, y *desde abajo*, con respecto a la estructura del PDC, con la cual el grupo mayoritario mantiene vínculos febles por medio de la JDC —a su vez también autonomizada— y el grupo más radicalizado ya se encuentra separado. Este fenómeno dibuja la fisonomía de la centroizquierda universitaria en años posteriores, y se alinea con el escenario nacional.

b. La elección de 1968

La división, que se produce y reproduce durante 1968, se expresa políticamente con claridad en las elecciones de la FEUC en 1968. A ella llegan con estrategias y perspectivas disímiles los tres grupos que habían confirmado un año antes el bloque de conducción del movimiento reformista. A su vez, el gremialismo se fortalece ante la radicalización de las dirigencias reformistas; según Krebs et al. (1994, p. 824), una parte importante de los estudiantes “no pretendían proletarizarse ni querían dedicar su tiempo a la lucha por objetivos extrauniversitarios”. Sin embargo, la distancia que debe remontar respecto al año anterior es significativa. De tal suerte, las votaciones son una medición de fuerzas para un escenario que había cambiado drásticamente desde 1966, cuando las únicas

organizaciones políticas existentes en la Universidad eran la DCU y la Juventud Nacional Universitaria, ahora marginalizada en la derecha por la irrupción del gremialismo. En el campo reformista, las diferencias que emergen al calor de la radicalización posterior a la toma se expresan políticamente en la inscripción de candidaturas. La JDC respalda al 11 de Agosto, que postula una lista presidida por Rodrigo Egaña, vocal de prensa y propaganda bajo la gestión de Solar. La DCU cuestiona severamente esta decisión, alegando que sería la primera vez en doce años que el partido no es directamente representado en una elección federativa, y que el 11 de Agosto “ha sido ineficaz para conducir la Reforma Universitaria y ha provocado la anarquía” (El Mercurio, 23 de octubre de 1968). La intervención del Partido obliga a la DCU a retirar su candidatura en beneficio de la lista de Egaña, aunque de muy mala gana. Por otro lado, el grupo de Echeverría y los miristas, que fundan por entonces el Movimiento Universitario de Izquierda (MUI), tampoco apoya al 11 de Agosto y se define por la abstención. Aunque los “agostinos” buscan impedir la fuga de votación, lo cierto es que algunos militantes y adeptos de la DCU anulan el voto, se abstienen e incluso votan por los gremialistas, idéntica actitud que adopta una veintena de miristas (El Siglo, 26 de octubre de 1968).

La radicalización asincrónica de 1968, donde los grupos del bloque reformista se radicalizan a diferentes velocidades a la vez que se separan entre sí, determina que la lista de Egaña retroceda en más de 700 votos respecto a Echeverría, cuya postulación se había producido en momentos donde los reformistas aun mantenían plena unidad de acción. La FEUC queda en manos del Movimiento Gremial, que se impone con Ernesto Illanes a la cabeza. Mientras los reformistas se recriminan unos a otros y la DCU asegura su voluntad de presentar una lista propia a como dé lugar el año siguiente, Illanes afirma que lo que

“el alumnado repudió fue la demagogia populista y el extremismo revolucionario. La Universidad no sirve al pueblo con fraseología ni con demagogia barata. Lo sirve cumpliendo su finalidad propia, creando y transmitiendo cultura científica, formando hombres de ciencia y profesionales competentes” (PEC, 31 de octubre de 1968).

También plantea inmediatamente su oposición a la Reforma en los términos bajo los cuales es conducida hasta el momento, lo cual ubica a la nueva FEUC en curso de colisión con la Rectoría. El resultado de la elección resulta ser dramático no sólo por la división expresada en las fuerzas reformistas, sino porque ello ha permitido el ascenso de una nueva derecha, desenfadada y con afanes hegemónicos.

c. El plebiscito de 1969

Luego de la victoria gremialista, los reformistas no aflojan. Según Cox (1985, p. 49), el triunfo de Illanes “reconcilia a todos” en la tarea inmediata de defender la Reforma e impedir la consolidación del Movimiento Gremial en la Federación, que pronto comienza a criticar los nombramientos y las acciones de la Rectoría. Se produce una inversión del escenario precedente: durante años, la FEUC había encabezado un programa reformista ante la resistencia de la autoridad; ahora es la propia autoridad que busca implementar dicha Reforma ante la resistencia de la FEUC. Los reformistas, aunque divididos, se unen para presentar una moción de censura contra la Directiva que preside Illanes, reconociendo que “pertenece-mos a distintos colores políticos, pero estamos unidos en la lucha por obtener la Reforma y estamos en contra de los que desean paralizar el movimiento refor-mista en nuestra Universidad” (La Nación, 27 de diciembre de 1968). La moción es aprobada y el democratacristiano Juan Enrique Coeymans asume como presi-dente interino de la FEUC, aunque los gremialistas no reconocen la legitimidad de la votación y se produce un paralelismo federativo: durante el verano de 1969, Illanes y Coeymans se autoproclaman como presidentes de la FEUC. Ambos ban-dos se acusan mutuamente de querer prolongar el paralelismo por motivaciones políticas, hasta que una mediación de la Universidad propicia la realización de un plebiscito a comienzos de abril para resolver el incordio.

Finalmente, Illanes se impone a Coeymans en el plebiscito por un margen mayor al de la elección anterior y ratifica la legitimidad de su presidencia, con-tando además con la posibilidad de readecuar los reglamentos de la Federación. Poco después de su triunfo en el plebiscito convoca a elecciones de delegados al Consejo Reestructurador de la FEUC, una suerte de asamblea constituyente para redactar nuevos Estatutos. Luego de un altercado entre gremialistas y reformis-tas, estos últimos retiran todas sus candidaturas y el órgano queda conformado únicamente por gremialistas, quienes presentan y aprueban un Estatuto en el cual, entre otras cosas, se despoja de poder destituyente a los Centros de Alum-nos, donde el reformismo aún contaba con mayoría. Por otro lado, el 11 de Agosto desaparece en los hechos y opera a través de la JDC —liderada, a su vez, por di-rigentes provenientes de la UC como Rodrigo Ambrosio y Enrique Correa—, que emite una declaración luego de la malograda elección de delegados afirmando que su objetivo es

“abocarnos también a decantar internamente nuestro Partido y por ende su expresión en la Universidad, con el objeto de definir nuestra clara

opción por la revolución, con las consecuencias que esto trae. La Democracia Cristiana no puede continuar siendo el colchón entre izquierda y derecha. Debe mostrar claramente su compromiso con las clases populares e integrarse en una estrategia de izquierda. La Junta que se realizará en los primeros días de mayo significará para cada uno de nosotros el momento de la definición” (Cox, 1985, pp. 58-59).

El MAPU como síntesis y proyección (1969)

Dos semanas después de la Junta Nacional del PDC en mayo de 1969, donde las posiciones afines a la izquierda resultan derrotadas, se concreta el quiebre partidario que da origen al MAPU, que en sus primeros meses “lucha prioritariamente por su propia constitución”, esfuerzo en el cual “los estudiantes salen de la Universidad, a formar el partido entre campesinos y obreros” (Cox, 1985, p. 59). Como se ha visto, el nuevo partido se define como de izquierda, marxista y revolucionario, y agrupa a la mayor parte de las bases y dirigencias del movimiento reformista en la UC. El giro ha sido consumado. Mientras, el gremialismo consolida su posición al interior de la Universidad y se convierte en un vector de insubordinación ante los lineamientos dictados por la Rectoría, donde los reformistas aún mantienen altos niveles de influencia.

Si el movimiento reformista ya había definido la lucha nacional como objetivo estratégico en 1968, en desmedro de las causas propiamente universitarias, luego de los sucesivos triunfos del Movimiento Gremial este giro adquiere necesidad al verse impedidos de controlar los aparatos primarios de movilización estudiantil. En sus primeros meses, el MAPU recoge a gran parte de las dirigencias y militancias demócratacristianas de la UC —y otros planteles— que habían participado del movimiento reformista, incluso al propio Rafael Echeverría, quien se aleja del MIR. El nuevo partido opera como síntesis: la experiencia generacional de los antiguos DCU, triunfantes en la Reforma y luego agitados por una radicalización acelerada influida por factores internos y externos, recibe un espacio de canalización que les permite desplegar una identidad propia y exclusiva; una manera única de aproximarse a la izquierda, que da cuenta de su trayectoria precedente y no la niega ni oculta.

Las elecciones de la FEUC en 1969 son el acto final de la radicalización en su dimensión propiamente universitaria, y terminan por cristalizar el escenario que se mantendría hasta 1973. Solar, ya como militante mapucista y estudiante de séptimo año de Medicina, vuelve a presentarse como candidato presidencial encabezando la lista del Frente de Izquierda, que reúne al MAPU, al MUI y otros grupos de izquierda en la UC. Pese a la existencia de negociaciones entre la DCU

y la izquierda, finalmente la elección se produce a tres bandas, replicando la lógica de “tres tercios” que a estas alturas se perfila en el panorama nacional, un año antes de la elección presidencial que daría como ganador a Salvador Allende. Cox (1985, p. 63) describe a Solar como “el candidato de la UP”, cuyos “postulados programáticos y su discurso en general corresponde al de la Unidad Popular y su visión del proceso revolucionario chileno”. Entre otras cosas, adhiere a la revolución cubana y es calificado por su adversario gremialista, Hernán Larraín, como “símbolo de la politización extremista dentro de la UC” (La Segunda, 17 de octubre de 1969). Aunque alcanza una alta votación, la lista de Solar es finalmente derrotada y la izquierda entraría en un espiral descendente de votación en los años subsiguientes. Dado que la FEUC se elige por mayoría simple, la sangría de votos reformistas hacia la DCU permite consolidar por un período adicional la conducción gremialista en la Directiva. Pasarían otros dieciséis años hasta que un estudiante no gremialista volviera a ser presidente de la FEUC.

Por su parte, el MAPU ingresa a la Unidad Popular y al gobierno de Allende, llegando a constituirse como la tercera fuerza de la izquierda hasta sufrir dos rupturas sucesivas: una en 1971, con la formación de la Izquierda Cristiana, que recibe a los cristianos de izquierda descontentos con la tesis marxista-leninista que predomina en el nuevo partido; y otra más dramática, en 1973, que da origen al MAPU Obrero-Campesino, dirigido por Jaime Gazmuri, contrario a la facción de Óscar Guillermo Garretón que mantiene la denominación original. Con el tiempo, luego de participar en la lucha contra la dictadura y mimetizarse en su ingreso al PS y PPD en el proceso de transición a la democracia, se convierte en un “partido mito” (Valenzuela, 2011, p. 191), cuyas redes y cultura política permean la gobernanza del país durante décadas luego de su extinción formal.

Conclusión y reflexiones finales

Como se ha explorado, la radicalización del movimiento reformista en la UC constituye, a la vez, un caso de estudio y la expresión más patente de la radicalización político-cultural que da origen al MAPU en 1969. En ella se contiene una trayectoria generacional estilizada, que se remonta a la elaboración de un proyecto reformista para el país y la Universidad a comienzos de la década de 1960, pasando por su enfrentamiento frontal y triunfo ante las autoridades universitarias en 1967 y desembocando en la adhesión a un nuevo partido de izquierda, marxista y revolucionario, inequívocamente distanciado del partido y la cultura que les había dado origen: la Democracia Cristiana.

Dicho lo anterior, es posible concluir que la Universidad Católica no sólo dio origen, sino que expresó y alimentó esta radicalización generacional a través de

las dinámicas propias de su organización estudiantil en varios momentos. Primero, la cultura “gremialista” y menos partidizada de la política estudiantil en la UC facilita la temprana autonomización orgánica y discursiva del movimiento reformista respecto al PDC. Segundo, el triunfo de la toma de 1967 genera un aliciente moral que opera como sesgo de confirmación para la mentalidad “iluminista” de los jóvenes dirigentes, que se autoperciben como vanguardia de una transformación global. Tercero, el agotamiento de los objetivos en el conflicto universitario produce un giro hacia el acontecer nacional que deriva en una radicalización acelerada y quiebre con el PDC. En síntesis, se observa que el giro a la izquierda, no obstante las condiciones fértiles desarrolladas con anterioridad a 1967, se produce recién cuando el conflicto universitario ya no es capaz de canalizar las fuerzas activas de una generación que se autopercibe como empujada hacia la realización de grandes cambios. Durante los primeros años de la década, la idea “iluminista” de la generación que se forma al calor de las luchas universitarias se circunscribe primero al conflicto local, el cual al ser superado desborda sus límites y lleva a sus dirigentes a buscar nuevos rumbos, canalizando sus inquietudes en un partido que rechaza su origen demócratacristiano, a la vez que tampoco responde a la izquierda tradicional.

Las dinámicas internas de la política estudiantil en torno a la FEUC, de victorias y derrotas, van modelando los enfoques y perspectivas de la juventud demócratacristiana, las cuales evidentemente no se reducen a ella. También en otras universidades, y fuera de la educación superior, se encuentran trazas de un proceso de radicalización que constituye una de las experiencias más destacadas, aunque poco estudiadas, en la historia política reciente. En otras partes del mundo confluyen, asimismo, procesos similares de radicalización juvenil, los cuales se alimentan también de influencias comunes como los movimientos de liberación nacional y descolonización, y transformaciones en el plano sociocultural. La historia de la organización política estudiantil en la Universidad Católica, sin embargo, ofrece una ventana especial para observar este proceso, sus contradicciones, sus asimetrías y resultados, tanto positivos como negativos, en la expresión de una voluntad generacional de atar su destino al de los movimientos populares que luchan por un cambio radical de las estructuras políticas, económicas y sociales.

Referencias Bibliográficas

Fuentes primarias

Ariete

El Mercurio

El Siglo

FEUC

La Nación

La Segunda

Machitún

Mensaje

Política y Espíritu

Fuentes secundarias

Acuña-Asenjo, M. (2010). *In Memoriam. Rodrigo Ambrosio, constructor del MAPU*. Estocolmo: Senda/Senda Förlag i Stockholm.

Araya, P. (2008). *El Mercurio Miente (1967): Siete notas sobre escrituras expuestas*. En *Revista Austral de Ciencias Sociales* (N° 14), 157-172.

Aylwin, P. (2023). *La experiencia política de la Unidad Popular, 1970-1973*. Santiago: Debate.

Beigel, F. (2011). *Misión Santiago. El mundo académico jesuita y los inicios de la cooperación internacional católica*. Santiago: LOM Ediciones.

Boizard, R. (1964). *La Democracia Cristiana en Chile: un mundo que nace entre dos guerras*. Santiago: Orbe.

Boye, O. (1986). *Hermano Bernardo. 50 años de vida política vistos por Bernardo Leighton*. Santiago: Aconcagua.

Brunner, J. (1981). *Universidad Católica y Cultura Nacional en los años 60. Los intelectuales tradicionales y el movimiento estudiantil*. En *Documentos de Trabajo FLACSO* (N° 127).

Casals, M. (2010). *El alba de una revolución. La izquierda y la construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”. 1956-1970*. Santiago: LOM Ediciones.

Castro, J. (2016). *Jaime Guzmán, ideas y política. 1946-1973*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.

- Cifuentes, L. (ed.). (1997). *La Reforma Universitaria en Chile, 1967-1973*. Santiago: Fundación Enrique Kirberg.
- Christiansen, S. y Scarlett, Z. (eds.). (2012). *The Third World in the Global 1960s*. Nueva York: Berghahn Books.
- Correa, E. (1968). *¡A terminar con los momios estén donde estén! Informe Político presentado al Consejo Plenario Nacional de la JDC*. Santiago: El Imparcial.
- Correa, S., Figueroa, C., Jocelyn-Holt, A., Rolle, C. y Vicuña, M. (2001). *Historia del siglo XX chileno*. Santiago: Editorial Sudamericana.
- Cox, C. (1985). *La reforma en la Universidad Católica de Chile*. En Garretón, M. y Martínez, J. (eds.), *Biblioteca del Movimiento Estudiantil* (vol. 2). Santiago: Ediciones Sur.
- DCU (1967). *Construyamos unidos la nueva Universidad*. Santiago: Autoedición.
- Duharte, J. (2022). *Una universidad y una juventud para la "Revolución en Libertad": la experiencia generacional de politización universitaria en la Democracia Cristiana Universitaria (1955-1965)*. Tesis de Magíster en Historia, Universidad de Santiago.
- Escudero, J., Delfín, L. y Gutiérrez, L. (2008). *El estudio de caso como estrategia de investigación en las ciencias sociales*. *Ciencia Administrativa* (N° 1), 7-10.
- FEUC (1964). *Chile: nuestra tarea*. Santiago: Autoedición.
- _____. (1965). *Cuenta Comité Ejecutivo 1965*. Santiago: Autoedición.
- _____. (1967). *Nuevos hombres para la nueva Universidad. Posición de los estudiantes frente a la crisis de la Universidad Católica de Chile*. Santiago: Autoedición.
- Fuentes, B. (1994). *El Movimiento Gremial en la Universidad Católica (1967-1973)*. Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad Católica de Chile.
- Gazmuri, C. (1988). *La Universidad Católica en la historia del Chile contemporáneo*. En *Realidad Universitaria* (N° 6).
- _____. (2000). *Notas sobre las élites chilenas, 1930-1999*. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (N° 110), 105-129.
- _____. (2012). *Historia de Chile, 1891-1994. Política, economía, sociedad, vida privada, episodios*. Santiago: RIL Editores.
- Gómez, J. (1985). *Ese cuarto de siglo... Veinticinco años de vida universitaria en la ANEC, 1915-1941*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- González, D. (2018). *Una revolución del espíritu. Política y esperanza en Frei, Eyzaguirre y Gónzora*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.
- Krebs, R., Celis, L. y Scherz, L. (1978). *Historia de los 90 años de la Pontificia Universidad Católica de Chile*. En *Revista Universitaria* (N° 1), 8-51.
- Krebs, R., Muñoz, M. y Valdivieso, P. (1994). *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile: 1888-1988*. Santiago: Ediciones UC.

- Inglehart, R. (1977). *The Silent Revolution. Changing values and political styles among Western publics*. Princeton: Princeton University Press.
- Marwick, A. (2000). *The Sixties: Cultural Transformation in Britain, France, Italy and the United States*. Oxford: Oxford University Press.
- Millar, R. (2005). *Pasión de servicio: Julio Philippi Izquierdo*. Santiago: Ediciones UC.
- Moraga, F. (2007). *Muchachos casi silvestres: la Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile.
- Moyano, C. (2009). *El MAPU o la seducción del poder y la juventud*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Muñoz, V. y Durán C. (2019). *Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente. Ciclos sociopolíticos entre 1967 y 2017*. En *Izquierdas* (N° 45), 129-159.
- San Francisco, A. (2017). *Juventud, rebeldía y revolución. La FEUC, el reformismo y la toma de la Universidad Católica de Chile*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario.
- Scherz, L. (1990). *El cogobierno universitario. Antecedentes histórico-sociológicos*. En C. Cox (ed.), *Formas de gobierno en la Educación Superior: nuevas perspectivas* (pp. 181-230). Santiago: FLACSO.
- Skidmore, T. y Smith, P. (1996). *Historia Contemporánea de América Latina*. Barcelona: Crítica.
- Silva Henríquez, R. (1991). *Memorias*. Santiago: Copygraph.
- Tironi, A. (1985). *Esquema histórico del movimiento estudiantil chileno: 1906-1973*. En Garretón, M. y Martínez, J. (eds.), *Biblioteca del Movimiento Estudiantil* (vol. 4). Santiago: Ediciones Sur.
- Valenzuela, E. (2011). *El MAPU y el rol transformador de las élites iluministas: revolución, pragmatismo y disidencia*. En *Revista de Ciencia Política* (N°2, vol. 32), 187-206.
- _____. (2017). *Dios, Marx... y el MAPU*. Santiago: LOM Ediciones.
- Warnken, C. (2006). *Conversación con Rafael Echeverría*. Santiago: JC Sáez Editor.
- Yoclevzky, R. (1985). *La Democracia Cristiana chilena. Trayectoria de un proyecto*. En *Revista Mexicana de Sociología* (N° 2, vol. 47), 287-352.